

POEMAS Y OTROS

Jorge Arturo Briceño

2026



©2026 Jorge Arturo Briceño
Reservado todos los derechos

Diseño gráfico:
Ana Lucía Briceño Guerrero
Acuarelas y fotografías:
Jorge Arturo Briceño

Impreso en Costa Rica

CONTENIDO

POEMAS PARA NIÑOS	6
Coro	7
Ronda	8
Ambo, ambo	10
Siete años de Lucas	13
Punta Leona	15
Vincent vuelve a Punta Leona	19
Montserrat	26
Gotas de Lluvia	28
El colibrí	30
Triquitraque	32
Danzas	33
 HAIKUS	 34
 POEMAS VARIADOS	 40
Namaste	41
Guaitil, Acosta	42
La polvareda	44
Nocturno de sonidos	47

A mi esposa	48
Madre	49
Caminando en otoño	50
Incertidumbre	52
Del amor y el interés	55
 OTROS RELATOS	 58
El caballito de poxilina	59
El águila negra	61
El último alumno	63
El uniforme	68
Recuerdos de la niñez	70
Hoy cumpla setenta y cinco	72
Los hermanos Macolla	75



Coro

A la luz de la farola,
mariposas y polillas
dorados círculos forman,
en tanto un coro de niños,
claras voces de alegría,
su canto eleva a lo alto,
cielo oscuro, cielo inmenso,
luciérnagas titilantes.

Y este cantar se agiganta
con el violín de los grillos,
el pregón de las chicharras y
-para hacerlo más bello,
más sonoro y armonioso-
con el estruendo y buen ritmo
del grave croar de las ranas,
un suave crujir de ramas,
y el musitar de las hojas
al contacto con el viento.

Voces de ayer, voces lejanas,
voces llenas de emoción
en ese coro de niños.
Cielo oscuro, cielo inmenso.

Ronda

Con todo cariño para los amigos de mi niñez.

Los patitos del jardín
de los rosales
saltando vienen a
jugar contentos
frente a la casa
de Paulita Ruiz.

Juegos y cantos,
gritos y saltos:
“Aquí te pongo
patita ‘e congo,
aquí te dejo
rabo ‘e conejo.”

Patitos negros,
patitos blancos,
todos sonríen
con mucho gozo
“Aquí te pongo,
aquí te dejo”
en las calles pobres

llenas de polvo
del barrio viejo
Y así la noche sigue su canto,
“Aquí te pongo
patita ‘e congo,
aquí te dejo
rabo ‘e conejo.”

Niños sonriendo,
gran alboroto
“Aquí te pongo,
aquí te dejo...”
Gritos y cantos
repite el eco
allá a lo lejos.

Ambo, ambo

Para Lucas Alexander. Noviembre 2011

Ambo, ambo
matarile, lirerón.
Un niño de Fort Collins
ha venido a San José
para ver a sus abuelos
muy viejitos bien se ve.
Con sus ojos muy bonitos
Y dos dientes de ratón
gatea por toda la casa
mordiendo hasta el cartón.
¡Diga el nombre del pequeño
pues ahora no lo sé!
-Yo tampoco lo conozco
pero lo preguntaré.
¿Es su nombre Macedonio?
Matarile, lirerón.
¡Ese nombre ni lo piense!
Matarile, lirerón.
¿Es acaso Gumersindo?
Matarile, lirerón.
Ese nombre no es muy lindo

Matarile, lirerón.
¿El buen nombre de San Lucas?
Matarile, lirerón.
Ese nombre es el primero
matarile, lirerón.
¿Y cual nombre es el segundo?
Matarile, lirerón.
El gran nombre de Alexander
matarile, lirerón.
¡Son dos nombres que me gustan!
Matarile, lirerón.
Un saludo para Lucas
matarile, lirerón.
Y otro más para Alexander
matarile, lirerón.
¡Con dos nombres más me gusta!
Matarile lirerón.
Ya no tosas mi pequeño
matarile, lirerón.
Ya muy pronto te traeremos
Mucha leche en el chupón.
Ambo, ambo
Matarile, lirerón

Siete años de Lucas

El viento del norte vino
-con sus cachetes inflados-
muy temprano a recordarme
que mi nietecito Lucas
llega hoy a los siete años.
Yo le dije: no, no la olvido
esta fecha ni un momento,
nomás que no había tomado
mi lápiz y este papel
para decirle lo alegre,
lo ufano que me sentí,
-siete años, parece ayer-
el día de su nacimiento.
Esa misma es la emoción
que me impulsa en este instante,
a pedirle a mi buen Dios
que lo sostenga siempre
en la palma de su mano,
que lo llene de alegrías
y de cosas provechosas
en los años que le siguen
a este Feliz Cumpleaños.



Punta Leona

(Recuerdo de la visita de mi nieto Vincent a la playa.)

Un montón de animalitos,
vecinos de Punta Leona,
me llamaron a mi casa
para hablar con Vincent Voss.

Yo les dije: ¡Ay... lo siento!
Mi nieto Vincent no está.
A visitarme llegó
pero por poquito tiempo.

Él vive en un gran país
de veras lejos, muy lejos.
Talvez regrese muy pronto
pero justo en el momento,
de seguro, no lo sé.

Para poderlo mirar
hay que tomar un avión
que cruza el océano inmenso,
un tren largo y presuroso
y luego un taxi también
para llegar agotado
a la ciudad de Berlín.

“ ¡Cuánto lo lamento yo!”
Exclamó una zalamera mona
comiendo una fruta grande
muy parecida a una anona.

“Me gustaba oírlo hablar”
Dijo el señor pizote
tras un bostezo grandote.
“Muy simpático y de buen trato”
Señaló el señor gato
con sus bigotes peinados
muy al estilo de él.

“Yo lo vi comer helado”
Aseguró un papagayo
muy serio y muy bien trajeado
en su plumaje ostentoso.

Todos hablaban a un tiempo,
formando un coro ruidoso,
recordando todos juntos
a ese niño tan hermoso.

Y en el mar las ‘aguas malas’
y los pargos y sardinas
repasaban con las olas
sus canciones vespertinas.

Un buchón pasó volando,
con otros muchos amigos,
buscando en el mar brillante
algo que llevar consigo.

Mientras tanto...
En su árbol bamboleante,
un mapache...
Con su rabo blanco y negro
en armoniosos anillos
recordaba las chicharras,
las gaviotas y los niños.

Vincent vuelve a Punta Leona

Vincent visita Punta Leona por segunda vez

No sé quién dio la noticia
de que ahí o por allá andaba
nuestro amigo Vincent Voss.

Unos dicen que lo vieron
saboreando un buen helado
cerca del puente de un río
donde los turistas miran,
boca abierta y admirados,
largos lagartos flotando.

“¡Por supuesto que pasó
en un carro Mitsubishi
muy veloz por Punta Leona!”
gritó un locuaz zanate
-con traje negro azabache
y espejuelos amarillos-
donde afincado en un árbol
-atalaya ventajoso-
vigilaba quién pasaba
y de paso, quién venía.

Como no faltaban ojos,
una iguana lo observó,
con su madre y sus abuelos,
tranquilo frente a la playa
bellísima de Herradura
comiéndose un gran pescado.

“Sssí, sssí, sssí
de seguro estuvo ahí”
Carraspeó la vieja iguana,
moviendo su gran cabeza
al tanto que zigzagueante
se alejaba muy tranquila
entre múltiples siseos.

“Yo de verdad no lo sé”
dijo una mona a su hijito
-un monito chiquitico
encaramado en su espalda-
deseoso de conocer
a ese niño tan bonito.

Pero en la tarde él llegó
y los monos ya no estaban.
Andaban dentro del bosque
alimentándose de hojas
o descansando talvez.

Muy cerca de la cabina
donde el chico se alojaba,
un viejo guachipelín
de gran fronda
le tendió de bienvenida
-ayudado por el viento-
una alfombra fabulosa
de florcitas amarillas.

Vincent no más llegó
se bañó en el fresco mar
y jugó durante un tiempo
con la arena de la playa.
Ahí estaban los pelícanos,
los apodados buchones,
pescando con mucha calma
balanceándose en el mar
o volando con destreza
para caer de repente
sobre distraídos peces.

Nuestro amigo diligente
sobre la playa erigió,
con ayuda de su madre,
un castillo de blanca arena,
con una zanja profunda

algo lejos de las olas.
Mas por ahí pasó un perrillo,
malcriado, muy consentido
y se orinó sobre el muro
de tan bello monumento.

¡Y qué le vamos a hacer!

Temprano del día siguiente
los cariblancos llegaron
al techo del restaurante
y ahí montaron su guardia
bien vestidos y elegantes
con su traje negro entero
y su pecherita blanca.
Y cuando el niño llegó
se armó una algarabía:
todos los monos querían
a Vincent Voss saludar.
Muchos trataron de entrar
donde estaba el desayuno
y uno que otro pilló
—y con mucho apuro—
un huevo duro, un banano,
un pedazo de sandía,
cualquier cosa del lugar.

En fin, cierto fue
que se desbordaron
en muy sonoros chillidos
y terminado el momento,
se divirtieron saltando
de rama en rama
en el bosque
sin descansar un minuto.

Después del buen desayuno
Nuestro amigo fue a jugar
a otra playa de arena blanca, muy blanca,
con olas mansas, crestadas,
reventando sin cesar.

Los papagayos llegaron
haciendo un ruido tremendo.
se posaron majestuosos
encima de un verde almendro
y tomaron con sus picos
frutas verdes y maduras
como parte de su almuerzo.

En la tarde en la piscina
nuestro amigo se encontró
a la par de muchos niños
que disfrutaban del agua

mientras otros escuchaban
una música estridente.

La otra mañana llegó
y Vincent la aprovechó
para mirar mariposas.
todas ellas, glamorosas,
admirables los diseños,
como papeles de seda
que volaran por doquier.
Celestes, amarillas, rojas...
en un sinfín de matices,
deambulando caprichosas
posándose de cuando en vez
para degustar el néctar
que las flores ofrecían.

Después de las mariposas
en el camino encontró
una fila de hormiguitas,
que llevaban cada una un pedacito
de hoja de un árbol muy grande,
un Guanacaste talvez.

Cuántas bellas experiencias
pudo Vincent disfrutar:
en la mañana,

un mar azul igual que el cielo,
para variar en la tarde
a los hermosos celajes,
playas muy blancas de arena,
árboles grandes y pequeños,
lindas flores, mariposas,
los buchones pescadores
y los osados macacos.
Tanta gente que observar
en la playa, en la piscina
y en el restaurante: la cocina...
Umm... También.

Lo extraño:
esta vez no hubo pizotes
ni mapaches pensativos,
quizás andaban de gira
por recónditos parajes.
¿Y el gato?
¡Vaya usted a saber!

Monserrat

Para todos los niños que llevan el bello nombre de Monserrat

De España, tierra de encantos,
a la hermosa Puntarenas
vino un fraile capuchino:
Fray Casiano de Madrid,

El Señor envió este ángel
para auxiliar a los pobres.
Los niños de la barriada
de ojos negros, piel morena,
que tanto necesitaban,
encontraron en Casiano un amigo y protector.
Esta juventud ansiosa halló en el fraile
abrigo, hogar y valiosa educación
que los llevó, a su tiempo, hacia una vida mejor.

En un peñón rojo majestuoso,
rojo hierro, rojo sangre,
de la tierra catalana
existe un santuario enorme
en donde se venera a una madre,
María de Monserrat,
santa Madre de Jesús,
nuestro Maestro y guía.

A este lugar acuden, de los rincones del mundo,
reverentes peregrinos pidiendo de nuestra Madre
un milagro, algún consuelo, para alguno de sus males.

Un trencito facilita el camino hasta el santuario
en donde -en silente espera- la fila de suplicantes,
desea ver a María.

Ahí se encuentra sentada, abrazando a Jesús Niño
con su dulce mano izquierda
mientras que con la diestra
sostiene un globo, ese globo, nuestra Tierra.

El Hogar de Monserrat
de la bella Puntarenas
ha educado muchos niños
a lo largo de los años.
Hogar, escuela, talleres...
¡Cuántas cosas de verdad
pudo impulsar fray Casiano,
Casiano de Monserrat!

El pueblo ha elevado a Roma
una justa petición: se nombre Santo
a este humilde franciscano,
venido mucho tiempo atrás
desde tierras muy lejanas,
a donar su corazón, toda su vida a los pobres.

Gotas de Lluvia

Llueve, llueve.
Gotas de lluvia al caer
sobre los techos cincados,
parecen piedras pequeñas
que saltando se deslizan
para caer danzarinas
sobre la calle de enfrente.

Llueve, llueve,
está lloviendo,
la lluvia llena la calle
que cual río caudaloso
su rumbo pendiente toma.

Yo chiquillo marinero
añado un barco pequeño,
pequeñito de papel,
que navegando se aleja
hasta perderse azaroso
en la esquina,
esquina blanca, difusa,
de la panadería.
Llueve, llueve,
pero en la cocina,

con boruscas de madera
pequeñas chispas se animan
a convertirse en hoguera
que ilumina y da calor.
Volutas blancas, grises, negras
se arremolinan ligeras
buscando el techo tiznado
para fugarse pausadas,
a través de las hendidias,
hacia el cielo de agua pura...
Llueve.

El colibrí

En el silencio de mi meditación
de esa bella mañana decembrina,
mi vacío fue invadido
por un revolotear frenético,
una explosión de color,
de alas verde metálicas
y esmaltado hierro oxidado.

Un chir-chir incesante,
una danza de círculos y volutas
alrededor del comedero,
botella de agua azucarada,
que se balanceaba al ritmo
del viento que con ímpetu
agitaba el follaje,
hojas verdes y amarillo naranja,
del arbusto de bellas flores moradas.

En su desenfrenado afán,
tomaba del bebedero
un poco del rico néctar
y alzaba vuelo veloz
-hacia atrás, hacia adelante,
bajando súbitamente
para subir de repente-
y regresar al momento

de alimentarse otra vez
con la misma prontitud.
Repitiendo la maniobra
un sinnúmero de veces
Y entre uno y otro envite,
celebrando con deleite
Emitiendo su chir-chir alegre
A la vez que codicioso.

Triquitraque

Capullos de sombrillitas
anaranjadas,
entre hojas verde musgo,
insertas en un sinfín
de bejucos
que azarosos invaden
el espacio disponible
en la tapia de una casa vecina.
Zarcillos por doquier
buscan apoyo,
en cualquier rama
o pared para asentarse.
Y así, cuando las lluvias tempranas
revientan con desordenado
furor sobre los techos,
proveer de flores maravillosas
el paisaje citadino.

Danzas

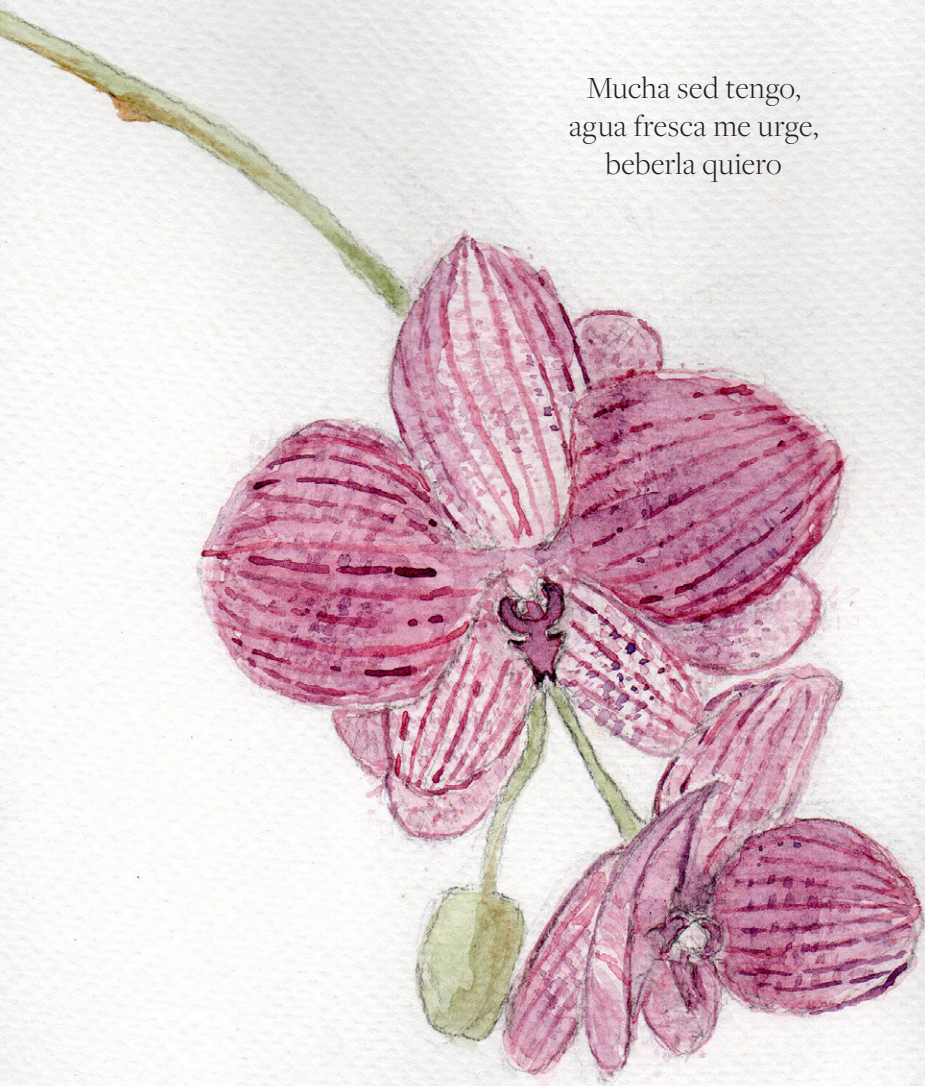
Danzan las flores
cuando el viento incesante
las sacude desde el seno
de su hogar en el árbol
imponente.

Unas alcanzan volar
sobre los techos,
muchos herrumbrosos,
de grises y humildes casas.
Mientras otras caprichosas
se enredan azarosas
entre las cercas y paredes,
o vuelan reclamando
un lugar en la hierba
que crece descuidada.

Danzantes, fugaces
van buscando el mullido suelo
para descansar marchitas.

HAIKUS

Mucha sed tengo,
agua fresca me urge,
beberla quiero



Hoy llueve mucho,
sobre el terreno plano,
se forman charcos.

Viento caliente,
seguido por el frío,
mueve la rueda.

Camino lento,
mi paso silencioso,
despierta un perro.

La mente vacía,
muchas opciones tengo,
yo elijo una.

Junto mis manos,
mi espíritu sereno
tu ser saluda.

Gota 'e rocío,
sobre la hoja verde,
cielo parece.

Soplando fuerte,
el viento en el árbol,
mil hojas mueve.

Hermosa planta,
tu claro vivaz verde,
mis ojos miran.

En telarañas,
las gotas de rocío,
joyas reflejan.

Unidos todos,
brillantes joyas somos,
cual enorme collar.

El cuervo sufre,
en feroz nevada,
su mente vuela.

Pote de cobre,
flores lilas y rosa,
con tallo verde.

Quieto sin pensar,
empiezo a meditar,
oigo una risa.

Solo me siento,
qué helada lluvia hoy,
tomo un café.

Negra mañana,
temprano me levanto,
ya saldrá el sol.

Tarde oscura,
el viento sopla leve,
yo siento frío.

Del silencioso,
escaso es el pensar,
pues bien medita.

Silencio total.
de la mente ausente,
buen meditar.

La tarde muere,
oscura noche acecha,
un ave canta.

Llueve muy fuerte,
el agua cae tan veloz,
llevo paraguas.

POEMAS VARIADOS



Namaste

Te saludo hermano,
Mi alma te reconoce y te respeta.
Saludo lo más profundo de tu ser,
a la chispa de Dios que te ilumina,
al ser despierto que en ti habita.
Escucho el canto que sale de tu espíritu,
veo el rostro de Dios cuando te miro,
te deseo todo aquello bueno que espero para mí.

Guaitil, Acosta

A los sembradores del frijol tapado

Mañana clara,
las chicharras ruidosas
saludan al sol.

Camino rojo,
baja como un río,
al campo verde.

Desde la cima,
veréis puntos negros,
abajo los hombres.

Riegan la semilla,
el barbecho enorme
cortan con vigor.

La lluvia, el sol,
de la oscura tierra,
revienta el embrión.
Brotan las matitas,
y luego de las flores,

las vainicas verdes.
El tiempo pasa,
la cosecha arranca
el agricultor.

Seca las vainas,
las aporrea y limpia.
Escoge frijol.

Sudor del hombre,
vertido en la tierra,
el rojo frijol.

La polvareda

(Recuerdos de José Ángel Briceño)

Letra para cantar con la pieza musical

‘La Polvareda’ del músico santacrucense José Caldera

Hoja seca en el viento veloz,
un juguete de la brisa estival,
voy danzando sin rumbo ni son
en la llanura inmensa...
quemada por el sol.

Mariposa de mustio color
al capricho del viento y el sol
voy tomando del pueblo el calor
gustando alegremente...
de todo alrededor.

¿Dónde voy? ¿Dónde voy?
Eso no lo sé.
Y volar, y volar
sobre el jaragual.
Se oye el viento silbar en el naranjal,
frutas de oro y de miel.

¿Dónde voy? ¿Dónde voy?

Eso no lo sé.

Y volar, y volar
sobre el jaragual.

Se oye al viento silbar
con bravura y ansiedad,
con bravura y ansiedad,
Se oye pasar.

Una tarde cruzando el Diríá,
mis hermanos, mis padres y yo,
pasó el viento y me arrebató
mi sombrero aquel de paja...
que tanto amaba yo.

A mis gritos y mi desazón
mi buen padre y jinete también
de su silla con diestro ademán
desde el crespo río...
me lo rescató.

¿Dónde voy? ¿Dónde voy?

Eso no lo sé.
Y volar, y volar
sobre el jaragual.
Se oye el viento silbar en el naranjal,
frutas de oro y de miel.

¿Dónde voy? ¿Dónde voy?
Eso no lo sé.
Y volar, y volar
sobre el jaragual.
Se oye al viento silbar
con bravura y ansiedad,
con bravura y ansiedad,
Se oye pasar.

Nocturno de sonidos

Ya la noche se hace larga,
traviesa, muy densa,
como manos de un gigante
que atrapara toda luz.

Sopla el viento,
que también canta,
y cual joven enamorado
con voz varonil declama
historias de tierras pardas,
amores de gente blanca,
aromas de hierba amarga.

Suena el mar,
las grandes olas
unas van y otras regresan
y al dejar las playas largas
con espumas blancas besan.

Suena el mar
cual fiero animal cautivo
que desde su jaula ruge.

Otras veces,
al discurrir tranquilas,
como voces que susurran,
las olas se van y vienen.

A mi esposa

Yo amo a la muchacha
De los ojos negros,
sonrisa fugaz.
Yo la miro siempre
sentada esperando
con un libro abierto,
al final del día, al anochecer.
Mi querida esposa,
madre de mis hijos,
compañera siempre
en mi lucha diaria,
compañera siempre
de mi acontecer.
Cuando miro lejos
el camino andado...
momentos oscuros,
momentos de luz,
te renuevo fuerte
el amor por siempre
de mi corazón.

Madre

Madre, afanosa cual silente araña,
moviéndose sobre la trama
de las circunstancias
a veces propicias y en otras esquivas,
siempre ocupada, nunca dormida.
Los suaves hilos de su sensibilidad
alertas al menor movimiento,
un suspiro, un llanto, una sonrisa.
Todos los niños duermen guardados
en el corazón de una madre.
Duro es el trabajo materno,
duro correr tras el que se extravía,
por el que no escucha,
por el confundido en la oscuridad.
Sólo Dios supera ese amor
porque de Él procede.

Caminando en otoño

Inspirado en Krishnamurti caminando por el bosque

El maestro caminante con asombrados ojos
observaba las hojas de tan bellos colores
en el piso del bosque:
amarillas, rojas, marrones...

Antes las miró caer barridas
por los vientos otoñales,
-balanceándose, gráciles, en caprichosos vuelos-
para luego discretas, indolentes,
acurrucarse silentes en el mullido suelo
y entregar generosas su postrera energía.

Otrora en primavera,
Sus hojas verdes, brillantes,
del sol absorbieron el radiante oro
vital para el árbol,
sus flores y frutos.
Y al concluir su función -en ese estado yaciente-
esperar bien vestidas
-no importa si modestas-
el frío y la nieve del ya vecino invierno.

Habló tranquilo el maestro
a los que con él hacían
su matutina ronda:
“¿Puede el hombre ser
tan digno, y lucir tal belleza
al final de tantos años
de sufrir y de lidiar en esta vida?
¿Puede el hombre transmutarse,
como la frágil hoja,
en un ser deslumbrante
cual codiciada joya
y así, al final
inexorable de su azaroso viaje,
dormir muy apacible,
con un sencillo traje,
sobre el oscuro humus
de su querida tierra?”

Incertidumbre

Cada día vas sumando
una experiencia a la otra,
a veces sin estimar
si conviene o no;
por no ponerte a pensar,
a medir, a razonar
las consecuencias del acto.
El resultado a menudo
es alternar el yerro con
el acierto,
en una larga cadena
de correr y tropezar.

Unas veces motivado
al calor de una reacción:
cuando nos sentimos bien
recordamos lo acertado,
y si nos agobia la pena,
entonces lo equivocado.
En ese juego de probar
-ora lo dulce,
ora lo amargo-

pasamos toda una vida
-saltando una y otra vez-
confusos.
Saltando de un lado a otro,
muchas veces al azar.
Repitiendo.

¿Somos buenos, somos malos?
Acertamos, nos desviamos;
somos dulces, somos agrios,
porque aún del fruto amargo,
sin pensar, nos solazamos.

Así ocurre en el querer
-que algunos llaman amor-
quien de pronto nos visita
endulzando nuestras mentes
unas veces con verdad,
y en otras con la mentira,
para abandonarnos luego
en busca de otro calor.

En este humano escenario
unas veces sonreímos
y en otras nos lamentamos.

Mira el pájaro que salta,
bullicioso y a la vez molesto,
buscando el fruto deseado:
aprecia al que está maduro,
rechaza al que sabe amargo;
no se percata en su afán:
él nomás es el que falla,
y es él mismo quien acierta.

Es momento de entender:
sólo debes recordar,
que tu espíritu no cambia,
ni el amor de tu Creador
por lo que, confiado duerme
y luego, muy alegre despierta
con renovada certeza
de elegir el buen camino.

Del amor y el interés

‘El amor y el interés’
-Decía la sabia viejita-
‘Se fueron al campo un día,
era mayor el interés
que el amor que le tenía’.
Y en este añoso consejo
nos alentaba a cuidarnos
de quienes con zalamería
nos podrían envolver
en las redes del amor fingido
que disimula con sutiles velos
la astucia de la codicia.

Muchas han sido las veces
que el proverbio se ha cumplido,
muchos libros de la historia,
lo atestiguan, lo repiten,
y en el andar cotidiano,
ejemplos sobran también.
Mas la palabra interés,
pensándola un poco mejor,
nos parece provechosa.

Cuando de empresas se trata,
si no se tiene interés
¿Cómo luchar con la inercia?

Para que las ruedas giren,
para liberar la fuerza
de ese caballo impetuoso,
al que llaman voluntad,
haga correr tu mente
y apriete todas las fibras
del poderoso músculo
para proveer el impulso
con qué saltar adelante.

Que aquel oscuro infortunio
no estorbe toda tu vista
para correr presuroso,
a mitigar el fuego
que devora muchos sueños;
e impide su paso libre.

Me vuelvo yo a preguntar
si cuando vamos al campo,
ese mago, el interés,

no dirige a nuestra mente
a redoblar su ingenio,
al cortar el nudo ingrato
que enreda nuestros sentidos
limitando su expresión.
Y la magia se produce
cuando por interés,
nos echamos a la mar
y encontramos ese remo
que nos permite bogar;
o cuando en el alto risco,
contemplando un hermoso valle,
Sentimos tener las alas,
fuertes, bravías, y audaces
necesarias al volar.

OTROS RELATOS



El caballito de poxilina

Yo, un caballito de plástico, nací en una gran fábrica de juguetes en los EUA un país enorme, hermoso, con muchos edificios y personas. Un día me metieron en un granero rojo junto con una gran cantidad de animales de corral entre los que había gallinas y vacas. A todos nos ubicaron en una bonita caja y nos enviaron a la bella isla de San Andrés, Colombia.

Dicha isla es maravillosa con palmeras, sol y un incomparable mar transparente en donde se pueden ver los pececitos nadar libres. Lo digo porque yo escuchaba a los turistas entusiasmados desde la vitrina desde donde nos exhibían.

Un señor de Costa Rica, quien andaba de paseo por la isla, vió la caja, le gustó y se interesó en comprarla. Cuando supimos, mis amiguitos y yo habíamos viajado a un precioso país llamado Costa Rica, entre el mar Caribe y el océano Pacífico, lleno de montañas, ríos y muchos árboles y animalitos.

En la casa, de Olga y Jorge, adonde llegamos había dos niños Ana y Luis -sus hijos- que nos trataron muy bien. Jugaban con nosotros a menudo por lo que era divertido trotar por las alfombras y convivir con los otros animalitos de la granja y demás juguetes que los niños tenían.

Con el tiempo estos niños crecieron, estudiaron y migraron a países lejanos. Ana reside en Berlín, la capital de un país muy bonito e industrializado llamado Alemania. Luis a su vez se asentó en el hermoso estado de Colorado, EUA. En lugar de ellos, muchos niños visitantes vinieron a jugar con nosotros por lo que estuvimos siempre muy ocupados. Pasaron los años, muy a mi pesar, por tantas carreras empecé a tener problemas en las patas. Una a una, conforme se me fueron lesionando, Jorge -muy diligente- me fue reparando las extremidades con una argamasa conocida como poxilina y, gracias a estas ayudas, me mantengo en pie. Preocupado por todo esto, Jorge me sacó de la granja y me puso sobre un brillante escritorio para evitar que al trotar con nuevos niños me fuese a romper alguna de mis ya reparadas patas. Comprendo ese temor, ya que a veces me creo caballo de carreras y me entran nuevos bríos para emprender veloz galope. Pero estoy tranquilo, porque desde mi privilegiado lugar puedo ver las fotografías de los nietos de Olga y Jorge y otros niños de Costa Rica y países muy lejanos. Puedo también mirarlos cuando aparecen en la pantalla del monitor de una computadora situada frente al escritorio en donde resido y, emocionado, escuchar sus risas y conversaciones.

Por todo esto me siento muy feliz de haber viajado, galopado tanto y ser amado por tantos niños.

El águila negra

Nací como rana verde de peluche -de buen peluche sin presumir- con redondos ojos tan bellos como los de las tapatías. Me asignaron la misión de acompañar a un niño llamado Luis Diego que vivía en una casa de una urbanización llamada El Cedral en Montes de Oca.

Pasado un tiempo, Luis Diego empezó a asistir a clases como todos los niños de Costa Rica. El problema que tenía es que le gustaba dormir bastante por lo que Jorge -su padre- debía despertarlo con frecuencia para que empezara sus preparativos para acudir a las aulas y no era tarea fácil. Entonces inventó cantarle una canción ranchera mexicana que decía:

“Aquí está el águila negra
Pa’ lo que ustedes gusten mandar,
Amigo soy de los hombres
Y de las hembras pos ya ni hablar”

Y puesto que, además de entonar ese estribillo, en su mano me agitaba para animar aún más esas verdes mañanitas, poco a poco fui siendo conocida como ‘el Águila Negra’ a pesar de mi color.

Luis Diego se hizo mayor, estudió ingeniería eléctrica y viajó a Estados Unidos de América para hacer estudios de pos-

grado. Mientras tanto yo me quedé en Costa Rica siempre atento “a lo que ustedes gusten mandar”.

Debo confesar que me sentí una rana, o mejor dicho un águila, muy poderosa -puesto que yo ayudé a levantar de la cama a Luis Diego- cuando fui enterada de que él se graduó de Doctor en Filosofía en Ingeniería Eléctrica. Me agradó mucho que se casara y se estableciera con su familia –la Briceño Sandberg- en la bella ciudad de Fort Collins, Colorado.

Como una deferencia de la familia de Luis Diego, hace algunos años fui a visitarlo a su casa y compartí con sus hijos que me trataron muy cariñosamente. ¡Ay que bonito lugar! Bella ciudad, extensos campos, grandes montañas, las gélidas aguas que descienden cantando de los picos nevados... En fin, lo más hermoso sin fantasear. Al cabo de un buen periodo decidí regresar a Costa Rica porque ya se estaba poniendo frío –el otoño, con las hojas senescentes de tan hermosos colores- y además en Colorado la vida es muy agitada para una rana de edad por lo que volver al terruño era lo indicado.

Es paradójico que una rana verde haya volado tan lejos sin tener alas y que siendo de esa tonalidad me conozcan como el Águila Negra. Vivo aquí como siempre tranquila, viendo a ver en que puedo ayudar según mi lema: “Pa’ lo que ustedes gusten mandar”.

El último alumno

Cuando en octubre de 1988 regresamos de Iowa, Estados Unidos, nuestros hijos, Ana y Luis tuvieron que regresar al sistema educativo costarricense. Para ambos requirió un significativo esfuerzo tras de cuatro años de ausencia.

En el caso de Luis, él empezó su primaria los Estados Unidos y por lo tanto no había aprendido a leer bien en español. El problema principal era que se le hacía harto difícil entender –en español– las explicaciones que recibía en el Colegio Británico durante el periodo que tuvo que esperar para el inicio del siguiente año. Como es sabido no hay coincidencia en el calendario escolar entre Costa Rica y Estados Unidos en cuanto a tiempo de inicio de cursos y su duración. El problema fue entonces nivelarlo principalmente en español. Para esta tarea le solicitamos auxilio a mi padre José Ángel –viejo maestro de primaria retirado– para que nos ayudase con esta –nada fácil– tarea durante el periodo de vacaciones. Por supuesto, el aceptó gustoso y honrado por tan importante misión.

José Ángel, un santacruceño, se inició como maestro muy joven toda vez que por ese tiempo había inopia de éstos en la zona rural guanacasteca al igual que muchas otras zonas

retiradas en el territorio nacional y así fue asimilado al tanto que con gran esfuerzo alternó trabajo de campo en los predios familiares con un sistema de instrucción ofrecido por Escuelas Complementarias que el Gobierno de Costa Rica facilitó precisamente a jóvenes aventajados como él para que elevasen su nivel de conocimiento y adquirieran las herramientas en enseñanza para posesionarse del noble título de maestro. Ayudas del Municipio y entendimiento de sus humildes padres y hermanos campesinos le permitieron asistir a esas Escuelas Complementarias no sólo en Santa Cruz sino en otros cantones de nuestro país. El joven maestro se siguió formando en forma autodidacta y con el ejercicio de la docencia en escuelas del circuito escolar santacruceño y ganó fama de lo que siempre fue: un maestro. Un maestro austero, sin lujos, ahorrativo, amante de los libros, observador de la naturaleza en sus diferentes manifestaciones, la tierra y sus frutos, el mar, las montañas, y a través de los libros –viajó poco– la inmensidad de nuestra Tierra y su lugar en el Universo. Se instruyó con la ayuda de valiosos libros de matemáticas, zoología y botánica y se además se capacitó en agronomía a través de cursos en reconocidas escuelas por correspondencia de países tan lejanos como Argentina y México. Grandes pensadores lo nutrieron en cuanto a ideas y consejos, pero nunca desoyó las enseñanzas de los pobres y humildes dentro de los cuales estuvieron algunos de sus familiares y coterráneos.

Mi padre tenía que trabajar en escuelas lejos de su hogar por lo que regresaba consecuentemente tarde. Tenía un rinconcito en la casa para sus libros y material donde preparaba sus clases. Muchas veces lo acompañé ahí a la vez que hurgaba entre sus libros aquellos que llamaban mi atención: Aritmética de G.M. Bruño, Geometría del mismo autor, Zoología de Orestes Cendrero, Revista Chacra de Argentina (que aún se publica) y otros títulos cuyos nombres no recuerdo. Mi padre también trabajaba ocasionalmente en aspectos contables para un señor de mucha fortuna en Santa Cruz. Por mi buen comportamiento iba con él, cosa que me gustaba porque el señor en cuestión tenía, en su oficina, una Enciclopedia de la Juventud con muchos volúmenes que me permitía leer. En fines de semana, cuando mi padre y yo íbamos a sus terrenos en Arado, teníamos la ocasión de conversar sobre la naturaleza, principalmente en referencia a cultivos. Cuando migramos a la Meseta Central y él trabajaba en la Zona Sur sus cartas fueron el medio principal que estableció para orientarnos y que incluso continuó cuando algunos de nosotros estudiamos en el exterior. En la Zona Sur del país, luego de pensionarse del Magisterio Nacional, por razones económicas, extendió sus enseñanzas a los hijos de empleados en las escuelas de la Compañía Bananera y ahí también hizo labor en el campo cooperativo –espíritu que ya había germinado desde su juventud- para ayudar a los trabajadores y sus familias en esos precarios lu-

gares –de un día aquí y otro allá, como hojas que mueve el viento– para aminorar sus angustias económicas motivadas por los exiguos salarios y en parte, en algunos casos, por los perniciosos vicios.

La edad, cataratas en sus ojos y otros males propios del desgaste de una vida larga y esforzada pusieron fin a más de 40 años de labor docente y tras ello, se radicó en San José.

Ese anciano, con anteojos “culos de botella” y de lento caminar fue el maestro que Luis supo escuchar por el periodo de vacaciones. Ya sea mi esposa o yo, lo íbamos a buscar temprano hasta Desamparados para traerlo a El Cedral de Montes de Oca para que impartiera clases a Luis. Al mediodía almorzábamos juntos y en la tarde lo regresábamos a su casa.

Luis estuvo bastante ocupado por lo metódico que era mi padre y lo estricto con el tiempo de recreo. Me recuerdo que iba al baño ‘a por menores’ con mayor frecuencia de lo normal y escribía con una letra pequeñísima, difícil de leer sobre todo para mi anciano padre.

Gracias al cariño recíproco que se profesaban abuelo y nieto llevaron a buen puerto la misión. Con sus viejos libros, que reflejaban su edad y uso, encontró la manera de transmitir a Luis conocimientos en lectura, escritura, ortografía, caligrafía, gramática, en fin, todo lo necesario para tener un buen conocimiento y uso del español. El vocabulario fue

un punto importante al enseñarlo a través de la lectura y ejemplos la sintaxis y morfología castellana.

¡Tantos conceptos, muchos ejercicios, mucho trabajo!

Luis ingresó al quinto grado y no tuvo problema alguno. Luego asistió al Colegio y mi padre asistió –orgulloso y complacido- a la graduación de Bachillerato Internacional, evento que fue distinguido por la presencia del Rector de la Universidad de Costa Rica, Dr. Gabriel Macaya. Posteriormente Luis estudio Ingeniería Eléctrica en la Universidad de Costa Rica donde obtuvo el bachillerato en esa rama y trabajó en Intel de Costa Rica. Poco tiempo después hizo su posgrado en donde obtuvo el grado de Doctor en Filosofía en Ingeniería Eléctrica en la prestigiosa Universidad Estatal de Colorado, Estados Unidos. En la actualidad reside con su familia en Fort Collins y trabaja en su campo en la compañía AMD.

Después de haber enseñado a Luis, José Ángel no tuvo ningún otro alumno.

El uniforme

Siempre tengo presente la imagen de mi padre en su ‘uniforme’ de trabajo como maestro de escuela primaria en las cálidas locaciones en el cantón de Santa Cruz, Guana- caste. Se caracterizaba por usar camisa blanca de manga larga, pantalón ‘beige’ y zapatos negros. Peinaba su cabello siempre hacia atrás, como era la usanza de los varones adultos. Al recordar este ‘uniforme’ me viene a la mente cuando compartí un apartamento de estudiante con unos chinos de China continental. Ellos llamaban ‘Western uniform’ al vestido completo que conocemos como ‘vestido entero’.

La gente que por esa época conoció a mi padre –en Santa Cruz centro, Santa Bárbara, Bolsón, Ortega, Arado entre otros- también recuerdan esa imagen. Siempre puntual, siempre limpio. Sin pregonarlo enseñaba las buenas costumbres, no fumaba, no tomaba licor, no gastaba el tiempo conversando en las esquinas. Preparaba sus clases a conciencia. Como hijo de campesinos, amó el suelo y los cultivos. Practicó, estudió, enseñó y promovió las ciencias agrícolas. Disfrutaba viendo los árboles ya fueran maderables o no. La función de un árbol como lo concebía era más que la madera. Por eso sembró todo tipo de árboles maderables, frutales, ornamentales y dejó espacio para que crecieran

otros a las cuales la gente común no suele darles importancia pero que sirven de hogar y proveen alimento a pájaros y animales del bosque y que nos ayudan a respirar un aire más puro y conservar el agua.

Recuerdos de la niñez

De cuando era niño apenas me quedaron algunos recuerdos fragmentados de esas primeras experiencias que discurrieron primero en una finquita que llamaban San Rafael situada al suroeste del pueblo de Arado en Santa Cruz y posteriormente en ese mismo pueblo en compañía de mis hermanos en una casita que nuestros padres construyeron. Una casa de madera con un pozo para sacar el agua y una letrina mucho más alejada. Estuve presente en algún momento cuando cavaban el mencionado pozo. Ver el color de la tierra que extraían los operarios nos resultaba muy atractivo a mi hermana Rita y yo. Me recuerdo que uno de ellos era Augusto Rivel, de origen francés, pero turrialbeño de nacimiento –según supe después.

Un recuerdo indeleble fue ver a Toño huyendo de su mamá –la Basilia- en la plaza del pueblo. Nos enteramos luego que el mencionado chiquillo había tomado una cebolla de la cocina y se la había comido entera junto con un pedazo de plátano verde hervido que quedaba en el fondo de un perol. No sé si lo capturó al final, pero en ese tiempo y lugar no era fácil conseguir una cebolla de repuesto.

La Revolución del 48 obligó a nuestra familia a migrar a otros pueblos –esta vez Santa Bárbara de Santa Cruz- que no me gustó. Mi hermana Rita para entonces entró a la

Escuela y tácitamente perdí mi compinche natural. Mi hermano menor estaba muy pequeño –poco más de un año– y estábamos al cuidado de una persona bondadosa llamada Gladys. Me recuerdo que llegaba una señora loca a amenazarnos por ‘mariachis’. ¡Vaya susto!

Otro recuerdo que tengo es haberme quedado enganchado en unos alambres cuando alguien había espantado un panal de avispas. Como secuela, me quedaron un buen número de chichones en la cabeza por algún tiempo.

Llegué a la ciudad de Santa Cruz en 1950, el año que cumplí los siete años e ingresé a la Escuela de Varones. En nuestra nueva casa, ubicada en el centro de la ciudad tuve, por fin, vecinos cercanos, contemporáneos, con los cuales jugar. Entre los muchos debo destacar a Lidia, Quincho, Liliana y Leonel Somarribas, Freddy Gatgens y Osvaldo, Franklin, William entre los Rosales además de los López. En ese momento la escuela llena de niños y docentes, los nuevos amigos y la actividad de la ciudad me permitieron conocer un poco el espíritu del pueblo, sus personajes y el aprender a leer me abrió un enorme panorama.

Hoy cumplo setenta y cinco

(15 marzo 2018)

Hoy cumplo setenta y cinco,
años de doce meses.
Mucho les parece a unos,
para mí en cambio fue ayer.
Nomás ayer corría
con mi hermanita Rita
en un pedacito de tierra
chiquitico, a la que llamaban finca.
San Rafael, bonito nombre.
Son pocos los recuerdos
de aquellos felices años,
correteando por la vida
sin un motivo aparente,
protegido por mis padres
y mis queridos hermanos.
Yo le temía a la noche
y me avivaba la luz.
Hubo un tiempo que vivimos en un pueblo
que aún se llama Arado
y luego en otro más lejos,
triste y solitario,
melancólica marimba

que aún zumba en mi alma.
De Santa Bárbara hablo,
y algún tiempo después
la ciudad de Santa Cruz.
Ahí me tocó la escuela
donde yo aprendí a leer,
y la apreciada aritmética:
las tablas de multiplicar, las fracciones.
Luego la geometría con los cuadrados, rectángulos, rombos...
La razón del radio al círculo y cientos de cosas más.
En la escuela de varones
llamada Clímaco Pérez,
tuve muy buenos amigos:
los toñitos: Ramos y Delijore,
Arturo Arredondo, Epifanio Rodríguez
y el más serio, Mario Cubillo
al que la niña Elisa Rocha pusiera a cortar limones
para enseñarnos muy bien el concepto de fracciones.
Recuerdo a Mario, con un cuchillo en su mano,
cortar en dos un limón para mostrarnos
a todos que uno es igual a dos mitades.
Y con gran destreza partir otros cítricos
esta vez en tres partes iguales
para presentar los tercios,
y en cuatro para mostrarnos los cuartos.
Y así tranquilo siguió, con ayuda de la maestra,

a cortar en trocitos a toditos los limones
para enseñarnos a los chicos
el concepto de fracciones.
¡Qué magnífica lección,
qué bella es la aritmética cuando te sabe a limón!
Pasando a la geometría, una mañana de tantas,
salimos de los pupitres
hacia el patio de la escuela.
Aquellos chicos traviesos pensamos
¡Qué divertido jugar!
Pero... era otra lección,
esta vez de geometría.
Puso Elisa a nuestro amigo Cubillo
a trazar con una cuerda un gran círculo en el suelo.
Trazada dicha figura con muchísima destreza,
la niña Elisa llamó de entre nosotros a otro niño
para contar cuántas veces cabía aquella cuerda
en toda la circunferencia.
Completada la operación,
resultó que la cueredita en cuestión cabía seis veces completas
y casi, casi un tercio más.

Los hermanos Macolla

Mi amigo Edwin me convenció de ir a acampar a un lugar más allá de Pozos de Santana junto con dos de sus sobrinos. Alistamos una buena provisión de agua, pan, café, salchichón, carbón y todo lo necesario para protegernos de los elementos. Así listos, luego de tomar tres buses nos vimos en el lugar que Edwin había escogido para luego adentrarnos por unos potreros que terminaban en un río que quedaba en el fondo de una hondonada. Acampamos en el potrero, encendimos una fogata, hicimos café y calentamos buena parte de nuestras vituallas. Ya era tarde y dos personas pasaron por donde estábamos y los invitamos a tomar café lo que ellos agradecieron, luego de tomarse la infusión y comer algo siguieron su camino. Avanzada la tarde el viento traía los sonidos más diversos al mover las ramas de los árboles, luego se vino la noche. Conversamos un rato y pasado un rato los sobrinos de Edwin –ya cansados- se durmieron. Poco después mi amigo empezó a notar un movimiento sospechoso y me alertó. A unos cincuenta metros unas sombras se movían, furtivas, agachadas, amenazantes. Hicimos guardia a la luz de la fogata. Temimos que fueran malhechores con intención de asaltarnos, pero esto no ocurrió. A la mañana siguiente nos percatamos que eran unas macollas de zacate que habían crecido más

que las otras y eran movidas por el viento. Edwin, entre risas, tituló esta aventura como nuestro encuentro con los hermanos Macolla.

Cuántas veces el miedo nos paraliza y nos inhibe actuar. Cuántas veces adelantamos criterios sin corroborar los hechos y nos perjudicamos a nosotros mismos.

Aviso de derechos de autor y uso compartido

Estos libros son publicados por el autor para el disfrute de familiares y amigos. Al descargar, acceder o compartir una copia, usted acepta respetar los derechos de autor y reconocer la autoría de la obra. Los libros y su contenido se proporcionan únicamente para uso personal y no comercial. Ninguna parte de estas obras podrá venderse, reproducirse con fines comerciales, modificarse o distribuirse con fines de lucro sin la autorización previa y por escrito del autor.